

En el orden social, suelen preparar, de tiempo en tiempo, los incrédulos, con habilidad infernal y tenaz perseverancia, la ruina de las instituciones y de los pueblos que Dios ha tomado bajo su protección: un soplo baja del cielo, hace abortar los planes mejor combinados y la acción más próxima á realizar sus fines: á los obreros de Satanás, Dios sabe oponer á su tiempo hombres formados según su corazón, que hacen triunfar la justicia y el bien, en medio de pueblos asorados y corrompidos.

Dios hace todo lo que quiere: *omnia quaecumque voluit, fecit.*

#### TRINIDAD DE PERSONAS EN DIOS.

Dios no sólo es un ser inteligente y libre; es también un ser viviente.

Moverse espontáneamente es el principio de la vida; moverse libremente, es una perfección en la vida; obrar por sí, ser por sí mismo un acto sin movimiento, es la perfección de la vida.

Y esta perfección suprema existe en Dios, sin duda alguna.

Dios es la causa primera de todos los seres: los seres no pueden ser arrancados de las entrañas de la nada, si no es por una actividad infinita, que toma dentro de ella misma toda su fuerza creadora.

Si los seres vienen á la vida; si después de recibirla, la conservan; necesario es concluir que Dios, que los trajo á la vida, es un ser viviente.

Dios es la inteligencia misma, y la inteligencia es, dice el Padre Monsabré, el más alto principio de la actividad interna que puede concebirse.

En fin, la vida es una perfección, y como toda perfección creada inevitablemente supone en su línea la perfección increada, la perfección infinita, es indudable que Dios, que es el primer ser, debe tener la vida, que es una perfección en toda su plenitud.

Ya hemos visto, como se revela la vida íntima de Dios al contemplar, aunque sea de lejos, las operaciones de su inteligencia y las operaciones maravillosas de su voluntad soberana.

Pero no es en esto sólo en lo que consiste la vida de Dios.

Dios no es un ser solitario en su esencia: la fecundidad interna de su ser es un prodigio incomprendible.

El entendimiento humano no puede penetrar en ese misterio de actividad infinita, que fecundiza á la esencia divina.

El hombre tiene que conformarse con saber de la vida íntima de Dios, lo que á Dios plugo revelarle.

Y Dios ha revelado al hombre esta verdad que asombrado venera: Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno.

El conocimiento de esta verdad fué comunicado sin duda al primer hombre, al padre del género humano.

Este conocimiento lo trasmitió á sus descendientes; pero las sombras del pecado lo fueron oscureciendo y casi llegó á perderse.

La revelación ha reconstruido lentamente y con arte admirable el edificio de la verdad.

A través de los siglos, podemos seguir la afirmación de una pluralidad divina.

Dios aparece solo en la primera hora del tiempo: él solo hace la luz.

Pero al concluir la obra de la creación, al hacer al hombre, nos descubre que no está solo: *Hagamos*, dice, al hombre á *nuestra* imagen y semejanza

Quieren los hombres ponerse al abrigo de los castigos del cielo, y levantan una torre.

*Venid*, dice entonces el Señor, *bajemos* y *confundamos* la lengua de los hombres.

San Juan Crisóstomo hace notar, estudiando estas palabras, que al decir, *Venid*, llama, exhortando, á los que son iguales en honor.

Si se hubiera dirigido á los ángeles, creaturas tuyas, no hubiera dicho, *Venid*, exhortando, sino que hubiera dicho, *Id*, mandando.

Hace notar también San Juan Crisóstomo que, al decir el Señor, *Venid*, se refería á dos iguales en honor, porque, si hubiera llamado á uno solo, habría dicho *ven* y *bajemos*, y no ha dicho así, sino que dijo: *Venid y bajemos*.

Un día en el Valle de Mambré se presentaron, ante Abraham, tres hombres.

El viejo amigo de Dios, dice el P. Monsabré, iniciado en los misterios de su vida, vió á esos tres hombres, pero adoró á uno solo.

David, decía: "Por el *Verbo* del Señor se han afirmado los cielos y la virtud de ellos en el *Espíritu* de suboca."

"Dijo el *Señor* á mi *Señor*, dice en otra parte el mismo David, siéntate á mi derecha."

Envía tu *Espíritu*, dice en el Salmo CIII, y todas las cosas serán creadas, y renovarás la faz de la tierra.

El Profeta Real, sabía bien que no hay más que un solo Dios, un solo Señor; pero sabía también que Dios es padre y ha oído que le decía á su hijo: "Tu eres mi hijo: yo te engendré hoy."

Así se ve revelado en las páginas del testamento antiguo, que Dios, en lo íntimo de su vida, no está solo: tiene un hijo, y al hijo y al padre los liga un espíritu, que es también un ser activo y viviente, porque él renueva la tierra.

Al llegar los días luminosos del testamento nuevo, la revelación es más clara.

Así como al concluir la obra de la creación, mostró Dios que no estaba solo, cuando hizo al hombre, así, de un modo más claro, al iniciarse la obra de la Redención, el Verbo hecho hombre, dijo á sus apóstoles: Bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Desaparece del mundo Jesucristo, pero su revelación subsiste, la vida divina, es ya conocida.

San Juan, en los últimos días de su vida, deja caer de sus inspirados labios, esta fórmula que es

el misterioso resumen de la vida interna de Dios: Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo, y estos tres, son uno.

Dios, como se ha dicho, está en acto siempre, dentro de sí mismo: el acto no se concibe sin el agente y no se concibe un principio agente, sin un término de la acción.

La inteligencia divina, obrando infinitamente es Dios Padre, porque la inteligencia en Dios, es el ser mismo.

Esa inteligencia, se comprende á sí misma, se manifiesta á ella misma: hay pues, en Dios, un Verbo, un Verbo que iguala á su principio: este Verbo es Hijo.

El Padre y el Hijo se admiran, se aman, se unen en el amor, pero en un amor tan poderoso y perfecto, que forman entre sí un lazo viviente, que es el término de una segunda procesión.

En Dios, pues, hay dos procesiones; la procesión de inteligencia y de luz, por la cual el Padre se manifiesta en el Hijo; la procesión de amor, por la cual el Padre y el Hijo se aman en su Espíritu.

Estas tres personas no son tres seres de razón,

nombres vacíos de realidad, inventados, como algunos dicen, para hacernos más accesible la inteligencia de las operaciones internas de Dios.

Son tres personas vivas y subsistentes: *Sancta Trinitas*, decía el Concilio VI General, *numerabilis facta est personalibus subsistentiis*.

Cada una puede reivindicar para sí la personalidad, el *yo*: "Yo y el Padre, dijo Jesucristo, cuando pasaba por el mundo, somos uno."

Y tiene que ser así: Dios Padre se da todo entero al Hijo: le da, pues, la vida, la subsistencia, el *yo*: de otro modo, el acto del Padre sería imperfecto.

Los tres son infinitamente los mismos por la naturaleza y por las perfecciones absolutas, é infinitamente distintos por sus relaciones incommunicables y sus propiedades personales.

"Estas tres personas no hacen tres Dioses, dice el P. Monsabré, como la longitud la latitud y la profundidad no hacen tres cuerpos; como el movimiento, la pureza y la fluidez del agua, no hacen tres ríos; como la fuerza propulsiva, la luz y el calor del sol, no hacen tres soles; como la raíz, el tronco y las ramas de un árbol, no hacen tres árboles; como la forma graciosa, el color y el perfume

de una flor, no hacen tres flores; como la conciencia, el conocer y el querer, no hacen tres almas; como la memoria, el entendimiento y la voluntad, no son tres substancias."

"La memoria, la voluntad y la inteligencia, según el pensamiento de San Agustín, no son tres vidas, sino una vida; no son tres almas, sino una alma: de consiguiente, no son tres substancias, sino una sola."

La memoria, la voluntad y la inteligencia, se distinguen por sus relaciones, por el objeto de su operación, como se distinguen profundamente, *recordar*, que es la operación de la memoria, *entender*, que es la de la inteligencia, *querer*, que es la de la voluntad.

Distintas radicalmente, por sus operaciones, las tres potencias del alma, en sí consideradas, son una sola alma, una sola sustancia.

Si llevamos en Dios la distinción y la unidad, que observamos en el alma, hasta la infinita perfección, fácilmente comprenderemos que tres pueden ser Dios, sin que haya más de un solo Dios.

Sólo podría multiplicar la divinidad, la cantidad ó la intervención de otro principio.

En Dios no hay cantidad, y Dios es principio

único: es, entonces, imposible que la divinidad se multiplique.

Es el *Uno* supremo, y como en sus operaciones interiores no entra más que él mismo, multiplicándose por sí mismo, no sale de la unidad:  $1 \times 1 \times 1$  no es igual á 3 sino á 1.

Vida misteriosa y admirable: la humana inteligencia es impotente para comprenderla, pero nada tiene de contrario á la razón del hombre.

La seguiremos estudiando, sin perder de vista que en este gran misterio, según la frase de San Agustín, nada es más peligroso que el error, nada más laborioso que la investigación, nada más provechoso que los descubrimientos: *Nec periculosius alicubi erratur, nec laboriosus aliquid quaeritur, nee fructuosius aliquid invenitur.*

La existencia en Dios de tres personas realmente distintas en unidad de esencia, no puede ponerse en duda por el entendimiento humano, si obedece, al hacer sus razonamientos, á los principios que deben normar sus operaciones.

Toda perfección que se descubre en un efecto, existe, sin duda, en su causa. El efecto, dice San

Tomás, representa de algún modo, pero de diferente manera, á su causa.

Algunos efectos representan solamente la fuerza eficiente de su causa; pero no la forma ó naturaleza de ella: así el humo representa al fuego; pero lo representa no en su forma, sino en su causalidad ó, lo que es lo mismo, en su fuerza eficiente.

A esta representación la llama San Tomás, de *vestigio*, porque el vestigio sólo demuestra que alguien ha pasado por algún lugar, pero no indica quien es este que ha pasado.

Otras veces el efecto representa á su causa, no sólo en cuanto á su fuerza eficiente, sino también en cuanto á la semejanza de su forma, como el fuego engendrado representa al fuego generador, y una estatua de Mercurio representa á Mercurio: esta representación, agrega Santo Tomás, se llama de *imagen*.

En todos los seres creados está representada, ó por vestigio ó por imagen, la Trinidad de personas en Dios, en unidad de esencia.

En los seres que carecen de inteligencia, la representación es por vestigio. En toda creatura se encuentran tres cosas: *subsistencia*, *forma* y *subordinación*, porque toda creatura *subsiste* en su

ser, tiene una *forma* que le es propia y que la clasifica en una especie particular entre los seres, y está *subordinada* á alguna otra cosa.

En tanto, pues, dice Santo Tomás, que cada criatura tiene una *sustancia* creada, representa una causa y un principio, y por esto indica la persona del Padre, que es un principio sin principio.

En tanto que tiene una *forma* y pertenece á una especie, representa al Verbo, porque el grande Artífice concibe la forma de la cosa que ejecuta.

En tanto que cada criatura tiene un *orden* cualquiera, representa al Espíritu Santo, como amor, porque una cosa no está subordinada á otra, sino por la voluntad del que la ha creado.

Y siendo tres cosas, realmente distintas, la *sustancia*, la *forma* y la *subordinación*, esas tres cosas, no constituyen tres seres, sino uno solo.

Por eso San Agustín, decía, que el vestigio de la Trinidad, se encuentra en cada criatura, en cuanto á que es *única*, en cuanto á que tiene una *forma específica* y en cuanto á que tiene un *orden*.

Y á esto se reducen, agrega el mismo San Agus-

tín, las tres grandes palabras de la Escritura, *número*, *peso* y *medida*, porque la *medida* indica la *sustancia* de la cosa, limitada por sus propios principios; el *número*, se refiere á la *especie*, y el *peso*, al *orden*.

En las criaturas racionales, el sello de Dios trino y uno, se encuentra, no por vestigio, sino por imagen.

Entrando en nosotros mismos, con la antorcha de la fe en la mano, podemos reconocer, como también enseña San Agustín, la imagen de Dios, es decir, su Trinidad soberana.

“Esta imagen, dice el insigne Obispo de Hipona, no es proporcionada, se halla infinitamente distante de la grandeza de su original; no le es coeterna, y para decirlo en una sola palabra, no es de la misma sustancia que Dios. Sin embargo, en las cosas que Dios ha hecho, nada hay que se acerque á la naturaleza de Dios, más que el hombre. Su imagen, puede ser reformada en nosotros siempre.”

Pero nada hay más cercano de la semejanza de Dios, que esta imagen, porque nosotros *existimos*, *conocemos* que existimos y *amamos* nuestro ser y el conocimiento de este ser. En estas tres

cosas no nos asalta el temor de engañarnos. Así como yo conozco que existo, de la misma manera conozco que tengo este mismo conocimiento, y uniendo estas dos cosas, añado una tercera de la misma importancia de las dos que conozco."

He aquí, en estas palabras de San Agustín, revelada, con asombrosa claridad, la imagen del Dios trino y uno, en los seres racionales.

Puede, todavía, hacerse más perceptible esta idea.

En Dios hay dos especies de acción: una, por la cual crea los seres y los conserva: esta acción se llama acción *hacia el exterior*, acción que *pasa* del ser que la ejecuta, *actio ad extra*, *actio transiens*: la otra acción, es aquella por la que Dios se conoce y se ama á sí mismo, y que no sale de las profundidades de la naturaleza divina, *actio ad intra*, *actio immanens*.

En el hombre, imagen de Dios, existe también esta doble acción: obramos sobre los seres exteriores, y esta es nuestra acción al exterior, nuestra acción que pasa, que sale de las intimidades de nuestro ser. Como seres inteligentes, nos conocemos y nos amamos, y esta acción, que permanece en las profundidades de nuestro ser, es nuestra acción al

interior, nuestra acción que permanece, que queda encerrada en los secretos de nuestro ser.

Nuestra acción interior es doble, porque nos *conocemos* y nos *amamos*, que son operaciones distintas.

Y de la misma manera que de la acción, ejercida por nosotros sobre un objeto exterior, resulta una especie de procedencia al exterior, de nuestra acción, ejercida íntimamente en nosotros mismos, resulta una procedencia al interior.

En esta vida interior de nuestro ser, aparece la imagen de la vida interior de Dios.

"Cualquiera que comprende, dice Santo Tomás, por lo mismo que comprende, ve reproducirse en sí mismo alguna cosa, que no es más que la concepción de la cosa comprendida y que proviene de la facultad intelectual y del conocimiento de esta facultad."

Esta concepción es la que explicamos con la palabra, y no es más que el *verbo* del corazón, *verbum cordis*, dice Santo Tomás, significado por el verbo de la voz.

La concepción de la cosa comprendida, es nuestra palabra interior, nuestro verbo.

La inteligencia, engendrando su pensamiento,

su palabra interior, se complace en él, se ama en él, y de aquí procede nuestro deseo ó sea la voluntad, que es el producto de la inteligencia y del pensamiento.

Tal es la imagen de lo que pasa en la naturaleza infinita.

La inteligencia infinita, mirándose, se comprende, engendra una cosa inefable, que es la concepción de ella misma, y esta concepción divina es el Verbo Eterno.

Al mismo tiempo, la inteligencia divina se complace en la concepción de ella misma, en ese verbo, y esto produce el amor infinito.

Como nuestra inteligencia es simple é indivisible, cuando produce su pensamiento y con su pensamiento su amor, se reproduce en ellos, en algún modo, toda entera y sin división.

Nuestra inteligencia es nuestro espíritu, nuestro pensamiento es nuestro espíritu, nuestra voluntad es nuestro espíritu: sin embargo, no hay en nosotros tres espíritus, sino uno solo y mismo espíritu, reproduciéndose, casi todo entero, en el pensamiento y en el amor.

“Con mayor razón, dice el Padre Ventura, la inteligencia divina, simple é indivisible, engen-

drando su Verbo y con su Verbo produciendo al Espíritu Santo, que es el amor infinito, se reproduce en ellos, se repite en ellos, todo entero y sin división, de una manera infinitamente más real y más perfecta.”

De suerte que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios: pero no hay tres Dioses, sino uno solo: es la misma naturaleza divina del Padre, que se reproduce en el Hijo y en el Espíritu Santo.

La inteligencia humana, engendrando su pensamiento, y el pensamiento y la inteligencia produciendo la voluntad, no se extinguen, no se gastan, no se envejecen, porque nuestra inteligencia es incorruptible, inextingible también, bajo ciertos aspectos.

He aquí otra imagen de la Trinidad en Dios.

El Padre, engendrando al Verbo, y el Padre y el Verbo produciendo al Espíritu Santo, no se extinguen, no se gastan, no se envejecen: la naturaleza divina, no bajo ciertos aspectos, sino de un modo absoluto, es incorruptible, es inacabable, es inextingible.

Si el Misterio de la Trinidad es impenetrable, porque es imposible que un ser limitado se dé



cuenta exacta de las operaciones divinas, la imagen de ese Misterio, esculpida por *signo* en los seres insensibles, y reflejada por *imagen* en los seres racionales lo hacen perfectamente concebible.

Lo profundo del Misterio, lo hace asombroso; pero no lo hace repugnante á la razón, no envuelve un absurdo, la inteligencia lo concibe.

El alma humana no es conocida, sino por su verbo exterior por la palabra.

La palabra pone de manifiesto la inteligencia, el pensamiento y el amor de hombre.

La trinidad humana es conocida por su verbo, encarnado en la palabra.

Tal sucede con la Trinidad divina.

El Verbo interior de Dios, hecho sensible por medio de la Encarnación ha hecho conocer á Dios todo entero.

Con razón, Cristo decía: "Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel á quien el Hijo quiera revelarlo. El que me ve á mí, ve también á mi Padre."

Felices las naciones que adoran al Dios hecho hombre: Dios encarnado, es la revelación de Dios, Trino y Uno.

Si la razón humana, no puede explicarse con perfecta claridad el misterio augusta de la Trinidad de personas en Dios, sí puede concebirlo de alguna manera y puede advertir que nada tiene, ni de absurdo, ni de repugnante.

Las criaturas insensibles muestran el vestigio de la Trinidad de personas, en unidad de esencia: las criaturas racionales la presentan de un modo más luminoso: presentan en imagen á la Trinidad augusta.

Esas tres personas, que existen en la unidad de la esencia divina, son perfectamente distintas; son los términos sublimes de las divinas procesiones.

El Padre, que es la primera persona, no nace, no es engendrado, de nadie recibe nada, no se engendra á sí mismo: El Padre es.

No se puede buscar, ni se puede encontrar otra razón de su existencia, más que esta: existe, porque existe.

Es de El, de donde parte sin principio, y adonde vuelve sin fin, el acto que hace brotar á la familia divina.

Es Padre, porque engendra: engendra á su Verbo.